

El concepto de «cultura política» en ciencia política y sus implicaciones para la historia

Javier de Diego Romero
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: El presente trabajo se plantea llevar a cabo una reflexión teórica y metodológica en torno a la noción de *cultura política*. En concreto, efectúa una discusión de la literatura político-cultural generada por la ciencia política, tanto de los estudios informados por el enfoque behaviorista originariamente trazado por Gabriel A. Almond y Sydney Verba como de los producidos desde la denominada «perspectiva de la interpretación». A la luz de este análisis se formularán igualmente una serie de observaciones acerca del empleo del concepto en la historiografía española reciente.

Palabras clave: cultura política, behaviorismo, interpretativismo, epistemología, historiografía, giro lingüístico, historia de los conceptos.

Abstract: This article carries out a theoretical and methodological reflection on the notion of *political culture*. Concretely, it discusses the political-cultural literature generated by political science, both the studies executed from the behaviourist approach originally designed by Gabriel A. Almond and Sydney Verba and those carried out from the so-called «interpretative perspective». In the light of this analysis, the author will also set out some remarks on the use of the concept in recent Spanish historiography.

Key words: political culture, behaviourism, interpretivism, epistemology, historiography, linguistic turn, history of the concepts.

Paulatina pero poderosamente, y en un marco genérico de creciente cuestionamiento del paradigma de la «historia social», el con-

cepto de *cultura política* se ha emplazado en el mismo centro de la producción historiográfica española reciente¹. Tal proceso, sin embargo, no ha sido acompañado de una reflexión teórica y metodológica en torno a la genealogía del concepto y a la continuada controversia de que ha sido objeto a lo largo de sus ya cuatro decenios de presencia en el universo de las ciencias sociales. En verdad, un examen exhaustivo del campo de investigación en cultura política podría comprender, en frase de Marc H. Ross, «desde los estudios que incluyen una variable cultural en una ecuación regresiva hasta el examen textual más hermeneúticamente informado»². Excede a los límites de nuestro cometido en este trabajo llevar a cabo un análisis semejante. Lo que el presente artículo se plantea es trazar una específica ruta de acceso al intrincado cuerpo de literatura político-cultural teórica y empírica producido por la politología, en virtud de la cual resultan discriminados el enfoque conductista de estudio de la cultura política, de un lado, y la más reciente perspectiva del «interpretativismo», de otro. La toma en consideración del entendimiento politológico del concepto permitirá, asimismo, por lo demás, esbozar una serie de consideraciones acerca de su empleo en el marco de la historiografía hispana.

La emergencia del concepto. *The Civic Culture* y el enfoque behaviorista de estudio de la cultura política

Toda discusión en torno a la cultura política debe forzosamente partir de la concepción que Gabriel A. Almond y Sydney Verba desarrollaron en *The Civic Culture*, publicado en 1963³. A fin de comprender la índole de esta obra es preciso atender, siquiera suma-

¹ Acerca del declive de la historia social en tanto que paradigma historiográfico, véase CABRERA, M. A.: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001.

² ROSS, M. H.: «Culture and Identity in Comparative Political Analysis», en LICHBACH, M. I., y ZUCKERMAN, A. S. (eds.): *Comparative Politics. Rationality, Culture and Structure*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 46.

³ ALMOND, G. A., y VERBA, S.: *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Newbury Park, Sage Publications, 1989 [1963]. Escapa a los límites de este texto el análisis de los antecedentes de la obra de Almond y Verba, entre los que descuellan particularmente los estudios del «carácter nacional» llevados a efecto en la década de 1940.

riamente, al contexto político y de reflexión intelectual que le otorga significación. El moderno concepto de *cultura política* emerge en el marco genérico de la Guerra Fría y, más en concreto, de la tentativa de aislar las especificidades del «Mundo Libre» en relación con el bloque comunista⁴. Por otro lado, no podía soslayarse la fragmentación del universo que componían las naciones industrializadas occidentales, toda vez que grados de crecimiento económico similares no se traducían en modo alguno en niveles análogos de estabilidad política democrática. Puesto que los macroprocesos de industrialización desplegados en los Estados capitalistas no daban certera cuenta de la amplia taxonomía de disposiciones democráticas exhibida por éstos, las ciencias sociales de postguerra se vieron impelidas a rastrear variables explicativas de los resultados políticos diversas a la económica; por lo demás, es al espacio central ocupado en su seno por el funcionalismo parsoniano al que cabe atribuir en buena medida la poderosa emergencia de la *cultura* como variable interviniente decisiva en los procesos de democratización⁵.

Más relevante a efectos de nuestro cometido es tomar en consideración el específico contexto de reflexión de *The Civic Culture*, signado ante todo por el auge en las ciencias sociales del positivismo y, más concretamente, del rostro que adoptó en ciencia política el behaviorismo⁶. Como es bien sabido, las corrientes intelectuales desarrolladas en el campo científico-social desde la Segunda Guerra Mundial son agrupables en dos vastos sectores que pueden aprehenderse, de una manera general, de acuerdo con el mapa trazado por la dramática *Methodenstreit* que asoló el universo epistemológico de la Alemania del cambio de siglo: de un lado, aquellos paradigmas de investigación que se plantean el estudio de la sociedad a partir del modelo de las «ciencias de la naturaleza», es decir, desde una

⁴ ALMOND, G. A.: «Comparative Political Systems», *Journal of Politics*, XVIII (1956), pp. 319-409.

⁵ Véase a este respecto SOMERS, M. R.: «¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública?», *Zona Abierta*, 77-78 (1996-1997), pp. 39-51.

⁶ El referente en este punto de nuestra argumentación lo constituyen las siguientes síntesis: BOBBIO, N.: «Ciencia Política», en BOBBIO, N., y MATEUCCI, N. (comps.): *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI, 1984, pp. 255-263; PASQUINO, G.: «Comportamentismo», en *op. cit.*, pp. 297-300, y STOKER, G.: «Introducción», en MARSH, D., y STOKER, G. (eds.): *Teoría y métodos de la ciencia política*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 13-29.

perspectiva generalizadora; de otro, los enfoques que, encuadrados en la tradición interpretativa y hermenéutica, incorporan una metodología comprensiva, específica de las «ciencias del espíritu», y que obtendrían, por tanto, un conocimiento de tipo particularizador. Pues bien, lo que interesa en este punto es subrayar cómo el conductismo se emplaza decididamente en el primero de los núcleos determinados. Bien puede sostenerse que la renovación que supuso el conductismo presenta una doble faz, en la medida en que concierne tanto a la metodología cuanto al objeto de estudio de la ciencia política. En lo tocante a la *metodología*, distanciará la politología de las disciplinas humanísticas y la aproximará, de acuerdo con el objetivo genérico de transformar en enteramente «científico» el conocimiento de los fenómenos políticos, a las ciencias naturales más avanzadas, como la física o la biología; así, la aplicación de métodos cuantitativos y de técnicas como la encuesta, la entrevista y el sondeo en el marco de investigaciones comparativas y acumulativas había de traducirse en la formulación de clasificaciones, generalizaciones y leyes de tendencia o probabilidad que dieran cuenta de las regularidades constatables en la vida política. En lo que atañe al *objeto de estudio*, propondrá una significativa expansión territorial de la disciplina, toda vez que ensanchará el espacio de la política desde la instancia estatal al sistema político en general, conceptuado como un sistema de interacción entre individuos y grupos mediante el cual resultarían asignados valores a toda la sociedad; no serán ya las instituciones el objeto primordial de interés del analista, sino, por el contrario, la conducta, la cual comprenderá las acciones de los sujetos políticos —comportamiento electoral, participación en la vida partidaria, formación de clientelas políticas, etc.— e, igualmente, sus valores, motivaciones, expectativas y actitudes.

Según podrá desprenderse del examen de su contenido, al que están dedicadas las líneas que siguen, en *The Civic Culture* confluyen los dos mencionados niveles de la renovación impulsada en la politología por el behaviorismo. Parece pertinente, en todo caso, comenzar tal análisis tomando en consideración la significación de *cultura política* abrazada por sus autores. Ante la asombrosa plurivocidad del concepto de *cultura*, Almond y Verba optan por su entendimiento como la orientación psicológica con respecto a los objetos sociales, esto es, la interiorización de los mismos en la psicología propia de los sujetos. Puestas así las cosas, la cultura política debe concebirse en los siguientes términos:

«El término cultura política se refiere a orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes con relación al rol de uno mismo dentro de dicho sistema. Hablamos de una cultura política del mismo modo que podríamos hablar de una cultura económica o religiosa. Es un conjunto de orientaciones con relación a un sistema especial de objetos y procesos sociales. [...] Cuando hablamos de la cultura política de una sociedad, nos referimos al sistema político que informa los conocimientos, sentimientos y valoraciones de su población. [...] La cultura política de una nación consiste en la particular distribución de las pautas de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de dicha nación»⁷.

Apropiándose la división tripartita confeccionada por T. Parsons y E. Shils resultará plausible diferenciar entre orientaciones cognitiva, afectiva y evaluativa, aplicadas por lo demás a los cuatro objetos principales que conformarían el sistema político: el sistema global —historia, nación, entramado constitucional—; *inputs* del mismo —estructura y roles políticos, procesos de decisión—; sus *outputs* —decisiones legislativas, administrativas y jurisdiccionales—, y la percepción de sí mismo como actor en el marco del sistema que desarrolla el ciudadano —referida al conocimiento de sus derechos y deberes, a la conciencia de su potencial influjo en la política nacional o a las normas determinantes de su juicio político—. A partir de la combinación de estas variables elementales, los autores construyen una sugestiva taxonomía de culturas políticas, que comprende tres tipos primordiales: *parroquial* —cuando apenas se manifiestan orientaciones específicamente políticas entre la población—; *de súbdito* —en ella puede constatarse una elevada frecuencia de orientaciones hacia el sistema político y su vertiente administrativa, pero el súbdito mantiene una disposición esencialmente pasiva en tanto que mero receptor de las acciones del sistema, debido en gran parte a que es poco consciente de su propia eficacia política—, y *de participante* —los ciudadanos se muestran orientados hacia el sistema y adoptan un rol político activo—⁸. Su entendimiento es por lo demás típico-ideal, en la medida en que no se presentarían empíricamente en forma pura, sino que, por el contrario, las culturas históricamente advertibles consistirían en verdad en una mixtura de las categorías ideales. En

⁷ ALMOND, G. A., y VERBA, S.: *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, op. cit., pp. 12-13.

⁸ La tipología, en *ibid.*, pp. 11-26.

este orden de cosas, la *cultura cívica*, conceptualizada como la que conduce al ajustado funcionamiento de la democracia, constituye una composición equilibrada de los mencionados tipos ideales, pues si bien, de acuerdo con sus coordenadas, los sujetos «se convierten en participantes en el proceso político», en modo alguno abandonan por ello «sus orientaciones como súbditos ni como parroquiales»⁹. El diseño de la tipología, en todo caso, se halla informado más por una concepción normativa de la modernidad democrática anglosajona, cuya arquitectura de creencias se aproximaría considerablemente al arquetipo de la cultura cívica, que por una auténtica reflexión socio-histórica; los tipos que la conforman, por lo demás, se encuentran en el corazón de la argumentación de Almond y Verba que, en virtud de la decidida reafirmación del dualismo ontológico estructura-cultura, enfatiza cómo a cada cultura política corresponde una estructura política particular, congruencia que garantizaría la estabilidad del sistema político en general.

Con el objetivo de trazar los perfiles de la cultura cívica, los autores acometen una encuesta comparativa en cinco países bien diversos: Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Italia y México. La encuesta procede a la medición de los componentes de la cultura cívica, en concreto, el conjunto de conocimientos de la ciudadanía sobre lo político, el grado de compromiso del ciudadano con una opción política, la competencia política subjetiva, las diversas modalidades adoptadas por la acción política y la evaluación genérica del sistema político. Llevada a efecto la macroencuesta, Almond y Verba exponen las conclusiones que de ella pueden deducirse, en la forma de los contornos de las culturas políticas atribuidas a los diferentes países considerados. Así, la cultura italiana es adjetivada como «alienada» y se hallaría signada por el aislamiento social de unos sujetos fundamentalmente desconfiados con respecto a sus conciudadanos. En México, en cambio, parecen acoplarse actitudes de enajenación y de aspiración o, expresado en otros términos, una cultura parroquial y otra de participación. Pese a la notable competencia política y administrativa de sus ciudadanos, Alemania exhibiría ante todo una cultura de sujeción. Son los casos estadounidense y británico los que se aproximan en mayor medida a ese armonioso equilibrio de las culturas típico-ideales parroquial, de sujeción y de participación,

⁹ *Ibid.*, p. 30.

que constituye el corazón de la cultura cívica. En lo que concierne a Estados Unidos, el rol fundamental de ciudadano participante resulta atenuado por las dimensiones parroquial y de sujeción de la cultura política norteamericana; aunque, sostienen Almond y Verba, acaso no suficientemente: en concreto, el rol de súbdito no parece obtener el espacio que idóneamente habría de ocupar para contribuir al afianzamiento de un orden democrático estable. En Gran Bretaña, la distribución de los componentes de la cultura cívica es diversa, pero también limítrofe al arquetipo normativo delineado por los autores; pues, en efecto, es aquí el rol de súbdito deferente el que se encuentra más difundido, si bien que combinado con un significativo grado de compromiso cívico fundado sobre antiguos sentimientos de índole parroquial¹⁰. De cualquier manera, el mito aristotélico del «ciudadano cívico» recibe un severo correctivo en *The Civic Culture*, toda vez que la notable significación otorgada por Almond y Verba a las orientaciones parroquiales y de sujeción es precisamente debida a su funcionalidad para atemperar el nivel de compromiso de los ciudadanos con la vida pública y de su implicación activa en la política de la ciudad.

Desde su publicación, *La cultura cívica* fue objeto de numerosas críticas de índole bien diversa, de cuyo contenido pueden ocuparse estas páginas tan sólo sucintamente. Acaso la cuestión que generaría en primera instancia las más enconadas controversias fue la relativa al *poder causal y explicativo* en verdad atribuible a la cultura política. Y es que, en el marco genérico de la «revolución behaviorista», diferentes analistas estimaron que el estudio de Almond y Verba no había cumplido del todo con las expectativas de otorgar a la cultura política el estatuto de variable independiente¹¹; asimismo, bien podía argumentarse que era más bien la estructura la que daba cuenta de los resultados políticos democráticos, deviniendo en consecuencia

¹⁰ Los perfiles de las culturas políticas nacionales dibujados por ALMOND y VERBA en *The Civic Culture...*, *op. cit.*, pp. 307-337. Por lo demás, en ALMOND, G. A., y VERBA, S. (eds.): *The Civic Culture Revisited*, Newbury Park, Sage Publications, 1989, darían cuenta diversos analistas de las mutaciones vividas por estas culturas a lo largo de las décadas de 1960 y 1970.

¹¹ Véanse en este sentido, entre otros, BARRY, B. M.: *Sociologists, Economists and Democracy*, Chicago, University of Chicago Press, 1970, y ELKINS, D. J., y SIMEON, R. E. B.: «A Cause in Search of its Effect, or What Does Political Culture Explain?», *Comparative Politics*, 11 (1979), pp. 127-145.

la cultura mera variable dependiente¹². Por otra parte, el *carácter abistórico y descontextualizado* de la investigación fue también censurado; en concreto, la obliteración de las especificidades contextuales resulta notoria al tomar en consideración el método comparativo empleado por Almond y Verba, pues los datos de la encuesta son extraídos de su contexto social a fin de proceder a la comparación entre naciones, desconociendo de este modo los autores incluso una noción elemental del análisis funcional que podría haber mitigado tal deficiencia, como es la de los «equivalentes funcionales»¹³. El *enfoque individualista* que informa el trabajo, sostuvieron otros críticos, se traduciría en una representación atomizada de la individualidad, en la medida en que los ciudadanos son abstraídos de las estructuras socioeconómicas que en realidad constriñen su participación política¹⁴; por lo demás, parecía que la técnica de la encuesta activada en *The Civic Culture* no constituía la herramienta idónea para aprehender el carácter fundamentalmente social de la cultura política¹⁵. De igual modo, se ha considerado que con la sola *atención al comportamiento observable* resultaban suprimidas del análisis naturalizaciones de las que, en virtud de su carácter autoevidente, los sujetos no serían a menudo en absoluto conscientes, pero que conformarían

¹² Remitimos en este punto, por ejemplo, a TUCKER, R. C.: «Culture, Political Culture and Communist Society», *Political Science Quarterly*, 20 (1973), pp. 173-190; PATEMAN, C.: «The Civic Culture: A Philosophical Critique», en ALMOND, G. A., y VERBA, S. (eds.): *The Civic Culture Revisited*, op. cit., pp. 57-102, y MULLER, E. N., y SELIGSON, M. A.: «Civic Culture and Democracy: The Question of Causal Relationships», *American Political Science Review*, LXXXVIII (1994), pp. 635-652.

¹³ Así lo señalan acertadamente COT, J.-P., y MOUNIER, J.-P.: *Pour une sociologie politique*, t. 2, París, Éditions du Seuil, 1974, pp. 51-53.

¹⁴ Paradigmáticos a este respecto resultan SCHUECH, E. K.: «Social Context and Individual Behavior», en DOGAN, M., y ROKKAN, S. (comps.): *Quantitative Ecological Analysis in the Social Sciences*, Cambridge, MIT Press, 1969, pp. 138-159; ROGOWSKY, R.: *A Rational Theory of Legitimacy*, Princeton, Princeton University Press, 1976; FENNER, C.: «Parteiensysteme und Politische Kultur», *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft*, 13 (1984), p. 39, y LIPPHART, A.: «The Structure of Inference», en ALMOND, G. A., y VERBA, S. (eds.): *The Civic Culture Revisited*, op. cit., p. 45.

¹⁵ Véanse DITMER, L.: «The Comparative Analysis of Political Culture», *Amerikastudien*, XXVII (1982), p. 20, y PAPP, F. U.: «Politische Kultur. Forschungsparadigma, Fragestellungen, Untersuchungsmöglichkeiten», en KAASE, M. (ed.): *Politische Wissenschaft und politische Ordnung. Analysen zur Theorie und Empirie demokratischer Regierungsprozesse*, Opladen, 1986, pp. 279-291.

en realidad el auténtico núcleo duro de la cultura política¹⁶. En otro orden de ideas, a los ojos de numerosos analistas Almond y Verba sustentarían una verdadera *teoría del consenso*, por cuanto que, al focalizar su atención en los espacios nacionales y en las actitudes hacia el sistema político en general, otorgarían escaso relieve a las divisiones sociales fundadas en la clase, el género o la raza y, en suma, a las diversas subculturas políticas que cohabitan en el seno de la instancia estatal¹⁷. Por último, y contrariamente a lo que el propósito de objetividad que informa al trabajo de Almond y Verba parecía conllevar, ha sido denunciado el *normativismo* que se encierra en la formulación del concepto de *cultura cívica*; y es que tal noción, que lejos de aludir al universo del «ciudadano cívico» trazado por Aristóteles y reformulado después en el marco genérico del republicanismo clásico, remite en realidad a la narrativa liberal de la teoría angloamericana de la ciudadanía y se fundamenta en la concepción elitista de la democracia, deviene en último término prototipo con el que deben contrastarse las culturas nacionales empíricamente constatadas¹⁸.

¹⁶ Una crítica genérica al conductismo en este sentido, en LUKES, S.: *El poder. Un enfoque radical*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 4-10; relativa específicamente al enfoque conductista de estudio de la cultura política es la reflexión de ROHE, K.: «Politische Kultur: Zum Verständnis eines theoretischen Konzepts», en NIEDERMA-YER, O., y VON BEYME, K. (eds.): *Politische Kultur in Ost- und Westdeutschland*, Berlín, Akademie Verlag, 1994, pp. 4-5.

¹⁷ Sirvan como botón de muestra a este respecto los siguientes trabajos: MANN, M.: «The Social Cohesion of American Liberal Democracy», *American Sociological Review*, 35 (1970), pp. 423-439; JESSOP, R. D.: «Civility and Traditionalism in English Political Culture», *British Journal of Political Science*, 1 (1971), pp. 1-24; JESSOP, R. D.: *Traditionalism, Conservatism and British Political Culture*, Londres, George Allen & Unwin, 1974; PATEMAN, C.: *op. cit.*, y PATEMAN, C.: *The Disorder of Women*, Cambridge, Polity Press, 1989.

¹⁸ Véanse, por ejemplo, PATEMAN, C.: «Political Culture, Political Structure and Political Change», *British Journal of Political Science*, 1 (1971), pp. 291-305, y MAC-PHERSON, C. B.: *La democracia liberal y su época*, Madrid, Alianza, 1991. El emplazamiento del concepto de *cultura cívica* en la narrativa de la teoría angloamericana de la ciudadanía, en SOMERS, M. R.: «Narrando y naturalizando la sociedad civil y la teoría de la ciudadanía: el lugar de la cultura política y de la esfera pública», *Zona Abierta*, 77-78 (1996-1997), pp. 255-337.

Avatares de la cultura política. El prolongado ascendiente de *The Civic Culture*

A lo largo de la década de 1960 proliferaron los estudios que, fundamentados igualmente en un marco teórico de índole funcionalista, emplazaron a la cultura política en el centro de la explicación de los procesos y resultados políticos democráticos¹⁹; de particular interés a este respecto fue la publicación de trabajos dedicados a la problemática del cambio político, pues otorgaron al nuevo concepto una dimensión diacrónica de la que carecía en la investigación de Almond y Verba²⁰. Por otro lado, el concepto se proyectaría, asimismo, sobre otro de los campos de la ciencia política estadounidense, el análisis del gobierno americano; emergía de este modo el más popular derivado de los orígenes internacionales del concepto, el análisis comparativo de las subculturas políticas norteamericanas²¹. En todo caso, convendrá subrayar que al afianzamiento del estudio de la cultura política contribuyó el propio contexto científico-social de la década de los sesenta, en la medida en que tendencias tan diversas e influentes como el funcionalismo parsoniano, la teoría de sistemas de Dahl y Easton, el idealismo de Oakeshott o la antropología de Winch convinieron en tomarla seriamente en cuenta como variable independiente o cuando menos interdependiente²².

¹⁹ Entre otros, LIPSET, S. M.: *Political Man: The Social Bases of Politics*, Nueva York, Anchor, 1960; PYE, L. W.: *Politics, Personality and Nation Building*, New Haven, Yale University Press, 1962; DEUTSCH, K. W., y FOLTZ, W. F. (comps.): *Nation Building*, Nueva York, Atherton Press, 1963; ECKSTEIN, H.: *Internal War*, Nueva York, Free Press, 1964; BANFIELD, E.: *The Moral Basis of a Backward Society*, Glencoe, Free Press, 1965; ALMOND, G. A., y POWELL, C. B.: *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Boston, Little Brown, 1966, y VERBA, S., y NIE, N.: *Political Participation*, Nueva York, Harper and Row, 1973.

²⁰ Véanse ALMOND, G. A., y COLEMAN, J. S. (eds.): *The Politics of the Developing Areas*, Princeton, Princeton University Press, 1960; PYE, L. W., y VERBA, S. (eds.): *Political Culture and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1965, y BLACK, C. E.: *The Dynamics of Modernization*, Nueva York, Harper and Row, 1966.

²¹ ELAZAR, D. J.: *American Federalism: The View from the States*, Nueva York, Thomas W. Crowell, 1966.

²² Así lo ha argumentado GIBBINS, J. R.: «Contemporary Political Culture: an Introduction», en GIBBINS, J. R. (ed.): *Contemporary Political Culture. Politics in a Postmodern Age*, Londres, Sage Publications, 1989, p. 2.

Durante los años setenta, sin embargo, los novedosos paradigmas emergentes en la politología y la sociología política —neomarxismo, elección racional— propiciaron un acentuado declive de la perspectiva de la cultura política, a la que se aludía con fines de censura y rechazo, cuando no era enteramente omitida de los análisis. Particularmente significativa en este desplazamiento de la cultura política a la periferia del universo de las ciencias sociales fue la reflexión efectuada desde la sociología histórica, en tanto que constituyó un decidido desafío a los supuestos ahistóricos de la cultura política y de la teoría de la modernización, en virtud de los cuales era trazado un único recorrido viable de desarrollo hacia la modernidad, de manera que las rutas alternativas a este modelo eran entendidas como desviadas y disfuncionales²³. Asimismo, y empleando métodos y suposiciones análogos a los de Almond y Verba, distintos estudios comenzaron a extraer conclusiones acerca de las culturas políticas occidentales bien diversas a las expuestas en *The Civic Culture*, como la creciente deslegitimación a los ojos de los ciudadanos del sistema político estadounidense; el marcado debilitamiento del componente deferencial de la cultura política británica, vinculado en buena medida a la insatisfacción ascendente generada por el funcionamiento de las instituciones; o la sustancial mutación acontecida en Alemania Occidental desde una ciudadanía apolítica y pasiva a otra politizada y participativa²⁴.

Ahora bien, pese a que a lo largo de la década de los setenta la investigación en cultura política fue objeto de un notable cuestionamiento, efectuado, según habrá podido comprobarse, extra e intramuros del paradigma conductista, pervivió, sin embargo, florecientemente en subcampos específicos de la ciencia política, en concreto en los estudios comunistas y en la literatura relativa a la

²³ Remitimos a este respecto a los trabajos de Barrington Moore, Jr., Perry Anderson, Immanuel Wallerstein, Charles Tilly y Theda Skocpol, bien conocidos por la historiografía.

²⁴ LIPSET, S. M., y SCHNEIDER, W.: *The Confidence Gap*, Nueva York, Free Press, 1983; BUTLER, D., y STOKES, D.: *Political Change in Britain: Forces Shaping Electoral Change*, Harmondsworth, Penguin, 1971; KAVANAGH, D.: «Political Culture in Great Britain: the Decline of the Civic Culture», en ALMOND, G. A., y VERBA, S. (eds.): *The Civic Culture Revisited*, op. cit., pp. 124-176, y BAKER, K.; DALTON, R., y HILDEBRANDT, K.: *Germany Transformed*, Cambridge, Harvard University Press, 1981.

modernización de los Estados asiáticos²⁵. De cualquier manera, la única tentativa de reconstruir un paradigma de cultura política fue la que Ronald Inglehart comenzó a diseñar a finales de los años setenta, y que ha continuado desarrollando a lo largo de los siguientes decenios²⁶. Fundamentando su argumentación en una imponente macroencuesta llevada a cabo inicialmente en una serie de Estados de Europa occidental, pero expandida hasta comprender un total de sesenta mil respondientes originarios de cuarenta y tres países en la década de 1990, Inglehart examina el tránsito de la modernidad a la postmodernidad fijando en particular su atención en una dimensión concreta del proceso de capital relevancia, como es la transformación axiológica desde un haz de valores de índole materialista a otro mayormente postmaterialista. Lo que esta mutación implica es, fundamentalmente, la firme reducción del espacio ocupado por los valores centrales en el proceso de industrialización, como el bienestar material y la seguridad física, y un creciente énfasis en la calidad de vida y la realización personal. Por lo demás, Inglehart enfatizará, enraizado en la tradición de Almond y Verba, la centralidad de la «cultura cívica» —conceptuada como un síndrome coherente de satisfacción vital personal, satisfacción política, confianza interpersonal y apoyo al orden social existente— en el sostenimiento de las instituciones democráticas.

Un rebrote más generalizado de los estudios sobre cultura política no sucedería, sin embargo, hasta mediado el decenio de 1980. Como ha apuntado Lucian W. Pye, a impulsar esta reemergencia contribuyeron significativamente, de un lado, el colapso del comunismo en Europa del Este, en la medida en que proporcionaría un marco experimental idóneo para analizar a qué concretos motivos cabía

²⁵ Véanse, por ejemplo, SOLOMON, R. H.: *Mao's Revolution and Chinese Political Culture*, Berkeley, University of California Press, 1971; WHITE, S.: *Political Culture and Soviet Politics*, Londres, MacMillan, 1979; GILL, G.: «Personality Cult, Political Culture and Party Structure», *Studies in Comparative Communism*, XVII (1984), pp. 111-121; JANCAR, B.: «Political Culture and Political Change», *Studies in Comparative Communism*, XVII (1984), pp. 69-82; SPENGLER, J.: *Origins of Economic Thought and Justice*, Carbondale, Illinois University Press, 1980, y HOFHEINZ, R., y CALDER, K.: *The East-Asian Edge*, Nueva York, Basic Books, 1982.

²⁶ La argumentación de INGLEHART en las obras *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press, 1977; *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton, Princeton University Press, 1990, y *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic and Political Change in Forty-three Societies*, Princeton, Princeton University Press, 1997.

imputar la diversidad de legados democráticos resultantes del común ordenamiento comunista; y, de otro, la denominada por Huntington «tercera ola» de democratización, que generó una más global erosión del autoritarismo. En virtud de tales procesos, en fin, se emplazaron de nuevo en el primer plano las temáticas de la modernización y las bases culturales de las democracias estables, precisamente las que se hallaban en el centro de la agenda de la ciencia política cuando la disciplina fue inicialmente seducida por el concepto de cultura²⁷. Indicativas de este renacimiento fueron diversas publicaciones que vindicarían resueltamente la eficacia causal de la cultura política; significativos en este sentido son dos artículos publicados por Ronald Inglehart y Harry Eckstein en la *American Political Science Review* que, abrazando el enfoque diseñado por Almond y Verba, sostuvieron que diferentes sociedades encarnaban culturas políticas duraderas a las que procedía atribuir relevantes consecuencias económicas y políticas²⁸. Diversos analistas expresarían su disenso con Inglehart y Eckstein, resurgiendo de este modo la discusión en torno al ambiguo estatuto de variable independiente otorgable a la cultura política que había sido concomitante al concepto desde su misma emergencia²⁹. A un nivel teórico y metodológico resultarían, asimismo, de sustancial interés las tentativas de incorporar la dimensión político-cultural a paradigmas con frecuencia considerados como irreconciliables con cualquier suerte de análisis cultural; en este orden de ideas, Aaron Wildavsky ha mostrado cómo la teoría de la *rational choice* puede beneficiarse de la adición de una perspectiva culturalista

²⁷ PYE, L. W.: «The Elusive Concept of Culture and the Vivid Reality of Personality», en RENSHON, S. A., y DUCKITT, J. (eds.): *Political Psychology. Cultural and Crosscultural Foundations*, Londres, MacMillan Press, 2000, p. 27. La «tercera ola» de democratización, en HUNTINGTON, S. P.: *The Third Wave*, Norman, The Oklahoma University Press, 1991; una sugestiva compilación de estudios sobre las culturas políticas de las nuevas democracias de Europa central y del este, en POLLACK, D.; JACOBS, J.; MÜLLER, O., y PICKEL, G. (eds.): *Political Culture in Post-Communist Europe. Attitudes in New Democracies*, Aldershot, Ashgate, 2002.

²⁸ INGLEHART, R.: «The Renaissance of Political Culture», *American Political Science Review*, LXXXII (1988), pp. 1203-1230, y ECKSTEIN, H.: «A Culturalist Theory of Political Change», *American Political Science Review*, LXXXIV (1988), pp. 789-804.

²⁹ Remitimos, sobre todo, a WERLIN, H. H.: «Political Culture and Political Change», *American Political Science Review*, LXXXIV (1990), pp. 249-253, y JACKMAN, R. W., y MILLER, R. A.: «A Renaissance of Political Culture?», *American Journal of Political Science*, XL (1996), pp. 632-659.

a fin de dar cuenta de las verdaderas fuentes de las preferencias políticas de los sujetos³⁰.

Son numerosos los trabajos que pueden identificarse como promotores del resurgir de las investigaciones en cultura política³¹. Pero, juntamente con Ronald Inglehart, la figura más descolante en el escenario intelectual desplegado a lo largo de los últimos quince años es sin duda la de Robert D. Putnam. En su influyente estudio acerca del gobierno subestatal en distintas regiones de Italia, *Making Democracy Work*, Putnam parte de la constatación de la variedad en la acción institucional de los gobiernos regionales implementados simultáneamente en 1970, pese a que éstos estuvieran dotados de mandatos y estructuras constitucionales esencialmente idénticos³². De entre las diferentes tradiciones genéricas de explicación de la acción institucional, Putnam se sitúa en aquella que enfatiza los *factores socioculturales*. Y es que, de acuerdo con una argumentación de signo neotocquevilliano, lo que se colegirá de la investigación empírica es que la diversidad en los niveles de efectividad de los gobiernos regionales vendría en último término determinada por la presencia o ausencia de tradiciones de compromiso cívico cuyo origen, por lo demás, puede rastrearse en las centurias medievales. La participación electoral, la lectura de prensa política o la pertenencia a sociedades corales y clubes de fútbol ejercerían de indicadores del compromiso cívico y constituirían, en consecuencia, los verdaderos sellos de una región próspera. Se trata, en suma, de redes de reci-

³⁰ WILDAVSKY, A.: «Choosing Preferences by Constructing Institutions: A Cultural Theory of Preference Formation», *American Political Science Review*, 81 (1987), pp. 3-21. Véase igualmente ELLIS, R. J., y THOMPSON, M. (eds.): *Culture Matters: Essays in Honour of Aaron Wildavsky*, Boulder, Westview Press, 1997. Una crítica al argumento de Wildavsky, en LAITIN, B.: «Political Culture and Political Preferences», *American Political Science Review*, LXXXII (1988), pp. 589-596.

³¹ Entre los más significativos, véanse THOMPSON, M.; ELLIS, R., y WILDAVSKY, A.: *Cultural Theory*, Boulder, Westview Press, 1990; BRINT, M.: *A Genealogy of Political Culture*, Boulder, Westview Press, 1991; WILSON, R. W.: *Compliance Ideologies: Rethinking Political Culture*, Nueva York, Cambridge University Press, 1992; NISBETT, R., y COHEN, D.: *Culture of Honour*, Boulder, Westview Press, 1996; CROTHERS, L., y LOCKHART, Ch. (eds.): *Culture and Politics. A Reader*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000; HARRISON, L. E., y HUNTINGTON, S. P. (eds.): *Culture Matters. How Values Shape Human Progress*, Nueva York, Basic Books, 2000, y WILSON, R. W.: «The Many Voices of Political Culture», *World Politics*, 52 (enero de 2000), pp. 246-273.

³² PUTNAM, R. D.: *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

procedida organizada y solidaridad cívica que, lejos de suponer un mero epifenómeno de la modernización socioeconómica, serían, por el contrario, el prerequisite de la misma.

A la problemática del denominado «compromiso cívico» dedicaría igualmente Putnam su posterior trabajo *Bowling Alone*³³. En la medida en que una sociedad civil poderosa y vibrante resulta indispensable para la consolidación de la democracia, es a los ojos de Putnam alarmante el acentuado y continuado declive del compromiso cívico acontecido en Estados Unidos a lo largo del último cuarto de siglo. Indicativos de esta erosión del *capital social* —definido como los «rasgos de la organización social tales como las redes, las normas y la confianza interpersonal que promueven la coordinación y la cooperación para el mutuo beneficio»—³⁴ serían ante todo el creciente desapego hacia lo político constatable entre los norteamericanos y el paulatino desmoronamiento de su otrora imponente tejido asociativo. En definitiva, este análisis de la zozobra de la América tocquevilliana y, de una manera general, la entera reflexión de Robert Putnam constituye, en tanto que atribuye a factores de naturaleza sociocultural significativas consecuencias en el ámbito de las instituciones políticas democráticas, un jalón de sustancial relevancia en el trayecto del concepto de *cultura política* según fue delineado por Almond y Verba.

La perspectiva de la «interpretación». Una mirada alternativa a la cultura política

Aunque el enfoque behaviorista ha sido el hegemónico en el estudio de la cultura política, poderosas voces comenzaron a alzarse, sobre todo durante la década de 1980, a favor de una aproximación más culturalista, distanciada de las pretensiones científicas del conductismo y menos comprometida con una lectura psicológica de la

³³ PUTNAM, R. D.: *Bowling Alone*, Nueva York, Simon and Schuster, 2000. Una síntesis de la argumentación desarrollada en esta obra puede consultarse en PUTNAM, R. D.: «Bowling Alone: America's Declining Social Capital», en CROTHERS, L., y LOCKHART, Ch. (eds.): *Culture and Politics...*, *op. cit.*, pp. 223-234.

³⁴ *Ibid.*, p. 225.

cultura política³⁵. Emplazados en el sector específicamente interpretativo y hermenéutico del mapa de las corrientes intelectuales desarrolladas en ciencias sociales tras la Segunda Guerra Mundial, estos llamamientos han obtenido un eco limitado debido en gran medida a la escasa permeabilidad al postmodernismo y la crítica cultural exhibida por la politología³⁶. No en vano, como ha observado entre nosotros María Luz Morán, buena parte de los trabajos que han proporcionado reflexiones más sugestivas sobre la cultura política desde la denominada *perspectiva de la interpretación* han sido efectuados por estudiosos incorporados al análisis de los fenómenos políticos desde campos afines a la ciencia y la sociología políticas³⁷. Por otro lado, la variedad de procedimientos de activación del concepto de cultura política constatable en el marco del idioma interpretativista es incluso mayor que en el conductismo; y es que, según Stephen Welch, «pese a que los estrictos estándares científicos del conductismo no son siempre observados en la investigación en cultura política, al menos existen estándares. El interpretativismo comienza por negar la necesidad de tales estándares»³⁸. En todo caso, este apartado no renuncia por ello a delinear cuando menos los contornos de un genérico entendimiento interpretativista de la cultura política para, a continuación, examinar aisladamente una serie de contribuciones significativas a esta tradición alternativa de estudios político-culturales.

Formulado de una manera general, la perspectiva de la interpretación sostiene, en una línea marcadamente geertziana, que la cultura no constituye una variable a la que se puedan imputar causalmente acontecimientos y procesos sociales, modos de conducta

³⁵ Véanse, por ejemplo, ADAMS, W.: «Politics and the Archaeology of Meaning: A Review Essay», *Western Political Quarterly*, XXXIX (1986), pp. 549-562; WELCH, S.: «Issues in the Study of Political Culture. The Example of Communist Party States», *British Journal of Political Science*, XVII (1987), pp. 479-500, y MERELMAN, R. M.: «On Culture and Politics in America: A Perspective from Structural Anthropology», *British Journal of Political Science*, XIX (1989), pp. 465-493.

³⁶ Así lo han señalado recientemente BONNELL, V. E., y HUNT, L.: «Introduction», en BONNELL, V. E., y HUNT, L. (eds.): *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Londres, University of California Press, 1999, p. 4.

³⁷ MORÁN, M. L.: «Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural», *Zona Abierta*, 77-78 (1996-1997), p. 11.

³⁸ WELCH, S.: *The Concept of Political Culture*, Londres, MacMillan Press, 1993, p. 80.

o instituciones, sino que, muy al contrario, es en verdad un *contexto de significados* dentro del cual puede practicarse la *descripción densa* de todos esos fenómenos³⁹. Lejos de tratar de esclarecer si determinadas estructuras de significado son el fundamento inmediato del comportamiento y de las estrategias activadas por los sujetos, el analista debe proceder a la interpretación de los elementos culturales —matrices simbólicas, prácticas rituales, configuraciones discursivas, creencias, valores, etc.— que en última instancia permiten comprender la vida política de la comunidad. Tan sólo de este modo, por lo demás, puede reactivarse un principio fundamental de la *verstehende Soziologie*, como es el de la exploración del sentido que los actores atribuyen de hecho a su propia actividad. Asimismo, en la medida en que la cultura política remite al aspecto significativo de la vida política, resulta forzoso examinar los procesos sociales que contribuyen a la formación de significados y las dinámicas de negociación y conflicto a través de las cuales los sujetos asignan sentidos comunes o diversos a los ingredientes de la actividad política; y es que tales significaciones envolventes de las específicas formas en que se desarrolla la acción de los actores no emergen de manera espontánea, sino que se hallan vinculadas a escenarios y conflictos bien concretos. En otro orden de ideas, el interpretativismo se fija el cometido de superar el enfoque individualista adoptado por el conductismo, toda vez que al definir la cultura política como el entramado de significados compartidos de la vida política, ésta trasciende la mera agregación de las opiniones privadas de los individuos. De igual modo, la perspectiva de la interpretación cuestiona la metodología de la encuesta enfatizando que, en la medida en que las distintas culturas políticas positivamente verificables bien pueden no poseer ningún indicador empírico significativo común, las denotaciones de las encuestas de opinión y electorales serían diversas dentro de cada cultura. Comunes a buena parte de los análisis encuadrados en esta perspectiva serían, asimismo, la consideración de los confines de la cultura política como fragmentados, tenues y disputados, sustancialmente opuesta al entendimiento de la cultura como reificada y nítidamente delimitada peculiar del enfoque behaviorista; la concepción de las tradiciones como constructos culturales de índole dinámica, que contrasta con su conceptualización como naturales y permanentes específica del conduc-

³⁹ Véase GEERTZ, C.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2001 [1973], particularmente pp. 27-29.

tismo; y, en fin, una sensibilidad a los contextos históricos de la que carecía en buena medida el planteamiento originario⁴⁰.

No es de extrañar, pues, que numerosos estudios político-culturales se hayan dedicado al análisis de los discursos, símbolos, mitos y rituales a través de los cuales son expresados los significados compartidos por la comunidad política. Si bien fue la publicación en 1964 de *The Symbolic Uses of Politics* de Murray Edelman la que promovió en primera instancia el interés de los politólogos por la dimensión simbólica de la política⁴¹, las investigaciones en este sentido no se propagarían en realidad hasta la década de los ochenta. Por lo demás, que frecuentemente se haya argumentado que esta suerte de análisis se ajusta en mayor medida a los estudios de comunidades locales no ha sido óbice para que en último término haya sido aplicado tanto al nivel local como al ámbito estatal. En definitiva, gran parte de los patrocinadores de este enfoque semiótico convendrían con Myron Aronoff en conceptualizar los símbolos como «los hilos con los que se teje la red de la cultura» y en resaltar su funcionalidad en tanto que vehículos para ordenar ideas y sentimientos complejos de manera que resulten comprensibles, comunicables y traducibles en una acción política coordinada; en la centralidad de los mitos en la dotación de legitimidad al poder político y en los procesos de deslegitimación activados por iconoclastas que desafían y cuestionan las producciones míticas, rasgando de este modo la red de significados culturales; y en la significación de los rituales políticos como prácticas sociales que movilizan y reordenan los elementos identitarios, contribuyendo así decisivamente a la actualización del sentimiento de colectividad⁴².

⁴⁰ La mejor síntesis de los supuestos del interpretativismo la proporciona WELCH, S.: *The Concept of Political Culture*, op. cit., y, en el ámbito académico hispano, MORÁN, M. L.: «Sociedad...», op. cit.

⁴¹ EDELMAN, M.: *The Symbolic Uses of Politics*, Urbana, University of Illinois Press, 1964.

⁴² ARONOFF, M.: «Political Culture», en SMELSER, N. J., y BALTES, P. B. (eds.): *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, Oxford, Elsevier, 2001, pp. 11640-11644; la cita en p. 11641. Una nómina de los trabajos más significativos en este orden de ideas incluiría a MOORE, S. F., y MYERHOFF, B. G.: *Secular Ritual*, Assen, Van Gorcum, 1977; FERNÁNDEZ, J. W.: *Persuasions and Performances*, Bloomington, Indiana University Press, 1986; KAPFERER, B.: *Legends of People, Myths of State*, Washington, Smithsonian, 1988; EDELMAN, M.: *Constructing the Political Spectacle*, Chicago, University of Chicago Press, 1988; KERTZER, D. I.: *Ritual, Politics*,

De particular relevancia en lo concerniente al estudio de la dimensión significativa de la vida política han sido las contribuciones que desde el *estructuralismo* han efectuado analistas como Eloise Buker, Richard Merelman, Michael E. Urban o John McClure⁴³. Asumiendo el supuesto fundamental de la lingüística estructural de Saussure, ulteriormente incorporado a la disciplina antropológica por Lévi-Strauss, en virtud del cual no es en la «referencia» del signo a la realidad donde se halla el significado, sino, contrariamente, en las relaciones entre signos, es decir, en la propia estructura lingüística, estos autores delinearán el concepto de *narrativa*, que comprende cualquier género de discurso que pueda ser representado como un relato, y que debe de igual modo ser interpretado estructuralmente. Capital en el legado del estructuralismo en la investigación en cultura política es, asimismo, por lo demás, la pretensión de que el significado se expresa a través de la denominada *estructura profunda*; por ello, el sentido de las narrativas no resultaría en modo alguno manifiesto para los sujetos participantes, y únicamente el analista provisto de unas lentes estructurales estaría en verdad habilitado para descifrarlo.

En buena medida derivada del paradigma estructuralista es a su vez la denominada *cultural theory*, confeccionada por Aaron Wildavsky, Michael Thompson y Richard Ellis⁴⁴. En su agenda ocupa un espacio central la formulación de una crítica genérica a la teoría

and Power, New Haven, Yale University Press, 1988; ORTNER, S. B.: *High Religion*, Princeton, Princeton University Press, 1989; ARONOFF, M.: *Visions and Divisions*, New Brunswick, Transaction Books, 1991; ARONOFF, M.: *Power and Ritual in the Israel Labour Party*, Armonk, M. E. Sharpe, 1992; KUBIK, J.: *The Power of Symbols Against the Symbols of Power. The Rise of Solidarity and the Fall of State Socialism in Poland*, University Park, Penn State University Press, 1994; KERTZER, D. I.: *Politics and Symbols: The Italian Communist Party and the Fall of Communism*, New Haven, Yale University Press, 1996, y EDLES, L. D.: *Symbol and Ritual in the New Spain: The Transition to Democracy after Franco*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. De especial interés resultan, asimismo, las monumentales obras sobre los *lugares de la memoria* dirigidas por Pierre Nora en Francia (*Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1992) y por Etienne Francois y Hagen Schulze en Alemania (*Deutsche Erinnerungsorte*, Múnich, C. H. Beck Verlag, 2001).

⁴³ Por ejemplo, URBAN, M. E., y McCLURE, J.: «The Folklore of State Socialism: Semiotics and the Study of the Soviet State», *Soviet Studies*, 35 (1983), pp. 471-486; BUKER, E.: *Politics Through a Looking Glass: Understanding Political Culture Through a Structuralist Interpretation of Narratives*, Londres, Greenwood Press, 1987, y MERELMAN, R.: *op. cit.*

⁴⁴ WILDAVSKY, A.; THOMPSON, M., y ELLIS, R.: *Cultural Theory*, Boulder, Westview Press, 1990.

de la *rational choice*, particularmente a su concepción de los intereses como *naturales* y *dados*; antes al contrario, sostiene Wildavsky, los intereses deben ser entendidos como *preferencias* que se hallarían enraizadas en condiciones sociales concretas y en las específicas formas de participación política desarrolladas por la ciudadanía. Igualmente sucede con el propio concepto de lo *político*: la frontera entre lo político y lo no político, se argumenta, no se halla «ahí fuera» en un universo social previamente dado, sino que es también culturalmente construida. En estas coordenadas conceptuales, las «culturas» son definidas como colectividades dotadas de una serie distintiva de preferencias y constituidas en todo caso de manera relacional. Y es que, contrariamente a lo que postula la teoría consensual trazada por Almond y Verba, y asumida por buena parte de sus adeptos, las comunidades nacionales no estarían conformadas por una única cultura política, sino por diversas culturas en negociación y conflicto; a fin de reforzar esta pretensión, los autores proceden en su estudio a mostrar que «los trabajos clásicos sobre cultura política, frecuentemente a pesar de su predisposición a encontrar una cultura nacional, revelan en realidad una variedad de culturas políticas dentro de cada país»⁴⁵. Asimismo, combinando las dos «dimensiones del control social» diseñadas por la antropóloga Mary Douglas —la dimensión *grid*, relativa a la cuantía de prescripciones y constreñimientos, y la dimensión *group*, que especifica la debilidad o fortaleza de los confines grupales—, la *cultural theory* delinea una tipología de únicamente cuatro culturas viables —*igualitaria*, *jerárquica*, *individualista* y *fatalista*—, lo que ha suscitado intensas controversias dentro del campo interpretativista.

Publicado hace una decena de años, *The Concept of Political Culture* de Stephen Welch constituye una contribución fundamental a la perspectiva de la interpretación y, más específicamente, al *enfoque fenomenológico* de estudio de la cultura política⁴⁶. El carácter *dado* u *objetivo* de las condiciones sociales, analíticamente distinguibles, por tanto, de las percepciones que los sujetos desarrollan de las mismas, resulta desmentido por la mirada fenomenológica de Welch, que enfatiza, por el contrario, que todos los objetos sociales son contruidos por los actores a partir de las herramientas culturales de que disponen. Resultan, en consecuencia, disueltos los diversos

⁴⁵ *Ibid.*, p. 220.

⁴⁶ WELCH, S.: *The Concept of Political Culture*, *op. cit.*

dualismos ontológicos en virtud de los cuales la *cultura* era contrapuesta a la *estructura*, los *intereses* o las *circunstancias objetivas*; la fenomenología, concluye en este sentido Welch, «trasciende la discusión en torno a la superioridad de las explicaciones con cualquiera de estos “objetos” como fundamento»⁴⁷. *The Concept of Political Culture* acomete también una crítica sustancial a la denominada *tendencia idealista* contenida en el interpretativismo. Con la expresión *interpretativismo idealista* remite Welch al enfoque en el que el significado para el analista es dotado de primacía respecto al significado para los participantes; en tal «deficiencia» incurrirían, entre otros, la *thick description* geertziana y los numerosos estudios que han tratado de aplicarla en el concreto campo de la investigación político-cultural⁴⁸, así como, en mayor medida, los diversos análisis que han recurrido al estructuralismo antropológico de Lévi-Strauss. Es la fenomenología, en fin, la que arroja la luz precisa para esquivar esta propensión idealista:

«Un posible modo de evitar la tendencia idealista sería evitar el interpretativismo en general, pero la argumentación que sigue sugerirá que el idealismo puede ser soslayado dentro del marco interpretativo recurriendo a la teoría social de la fenomenología. La fenomenología, y en particular la fenomenología del universo social elaborada por Alfred Schutz, proporciona un antídoto al idealismo al insistir en que la justificación del método interpretativo descansa en las prácticas interpretativas de los propios participantes, las cuales están, por su parte, relacionadas con sus prácticas sociales. Puesto en otros términos, la fenomenología permite anclar el interpretativismo a la concreta realidad social, sosteniendo al mismo tiempo que tal realidad es un constructo que necesita ser continuamente reproducido»⁴⁹.

De entre las aportaciones más recientes a la investigación en cultura política desde la perspectiva de la interpretación descuello particularmente el proyecto interdisciplinario desarrollado en el ámbi-

⁴⁷ *Ibid.*, p. 162.

⁴⁸ Véase en este sentido el pormenorizado análisis de la literatura sobre la cultura política de la Rusia comunista producida por Robert C. TUCKER llevado a cabo en *ibid.*, pp. 80-98. Entre las obras más significativas de TUCKER, remitimos a *The Soviet Political Mind: Studies in Stalinism and Post-Stalin Change*, Londres, Pall Mall, 1963; *Political Culture and Leadership in Soviet Russia: From Lenin to Gorbachev*, Brighton, Wheatsheaf, 1987, y *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-1941*, Londres, W. W. Norton, 1990.

⁴⁹ WELCH, S.: *The Concept of Political Culture*, *op. cit.*, p. 9.

to académico francés alrededor de la figura de Daniel Cefaï, que se ha traducido en la publicación del volumen colectivo *Cultures politiques*⁵⁰. En el centro de la argumentación de Cefaï y de buena parte de las contribuciones a la compilación se emplaza el concepto de *contextos de experiencia y de actividad* de los actores, que remite a «los lugares y los momentos del universo cotidiano de los actores, en los cuales éstos otorgan sentido a lo que dicen y a lo que hacen; en los cuales se acomodan a los entornos naturales, institucionales y organizacionales; en los cuales entran en relaciones de coordinación, cooperación y conflicto, y en los cuales coproducen, en acto y en situación, novedosas formas de comprensión, interpretación y representación del mundo»⁵¹. Tal noción recubriría la gama de fenómenos individuales y colectivos examinados por la politología bajo las rúbricas de afectividades, sensibilidades, imaginarios, identidades o memorias. En este sentido, lo que interesa a *Cultures politiques* es subrayar que las formas culturales, lejos de ser objetivadas en virtud de la activación del dispositivo metodológico conductista, deben ser contextualizadas mediante su inscripción en «lugares y temporalidades determinados, en los espacios de socialización y sociabilidad, en las dinámicas de transmisión entre generaciones o de controversia entre familias políticas»⁵². Es por ello que la atención de la obra se orienta hacia las modalidades de *anclaje* de la cultura política en organizaciones —como partidos políticos y sociedades conspirativas y revolucionarias—, territorios —concebidos como espacios imaginarios social y políticamente producidos, según puede constatarse en los capítulos dedicados a la perdurabilidad y la mutación de las culturas políticas en la Europa meridional— y memorias —en tanto que significativos escenarios de la confrontación política, como subraya en su argumentación, por lo demás de notable impronta nietzscheana, Marie-Claire Lavabre—.

⁵⁰ CEFÁI, D. (dir.): *Cultures politiques*, París, Presses Universitaires de France, 2001. La interdisciplinariedad es, de hecho, atributo de buena parte de los enfoques de investigación recientes. Sintomáticos a este respecto son los volúmenes editados por DIRKS, N. B.; ELEY, G., y ORTNER, S. B.: *Culture/Power/History. A Reader in Contemporary Social Theory*, Princeton, Princeton University Press, 1994, y BONNELL, V. E., y HUNT, L.: (eds.): *Beyond the Cultural Turn...*, *op. cit.*

⁵¹ CEFÁI, D.: «Expérience, culture et politique», en CEFÁI, D. (dir.): *op. cit.*, p. 93.

⁵² CEFÁI, D.: «Introduction», en CEFÁI, D. (dir.): *op. cit.*, p. 22.

La reflexión teórica y metodológica en torno a la cultura política desde el enfoque interpretativo que ocupa al presente apartado se ha desarrollado de manera notable en campos como los estudios comunistas o, asimismo, la sociología de las movilizaciones colectivas⁵³. En todo caso, a fin de trazar por completo los contornos de la perspectiva de la interpretación en los estudios sobre cultura política resulta forzoso atender, siquiera a modo de esbozo, a contribuciones de índole específicamente *historiográfica*; en concreto, las reflexiones que siguen están dedicadas a dos historiografías particularmente interesadas en el concepto: la norteamericana y la francesa. En lo que concierne a la *historiografía estadounidense*, la emergencia de la cultura política acaeció en buena medida ante el infructuoso tratamiento que, a juicio de numerosos historiadores norteamericanos, dispensaban a la ideología los paradigmas dominantes: el marxismo, que la consideraría como mero epifenómeno orientado a la racionalización de los intereses materiales; el idealismo, que la abstraería enteramente de los contextos específicos que en verdad le otorgarían significación; y el propio conductismo, que la desplazaría a la periferia de su agenda al desestimar la intencionalidad en su lectura del comportamiento humano. La propuesta de entendimiento de la ideología como el contexto significativo de los fenómenos sociales y políticos delineada por Clifford Geertz, de un lado, y el proyecto de examinar las distintas tradiciones de pensamiento político occidentales enfatizando los contextos lingüísticos en los que éstas se generan y desarrollan abrazado por John G. A. Pocock, de otro, constituirían, a los ojos de estos historiadores, una genuina emancipación de tales legados teóricos. Impulsadas por este poderoso doble resorte, numerosas investigaciones se armarían del concepto de cultura política ante la coyuntura crítica que supuso el descubrimiento del republicanismo como la arquitectura normativa que modeló las percepciones coloniales americanas del gobierno británico en el marco de la crisis

⁵³ En lo tocante al estudio de la cultura política en los países comunistas, véanse BROWN, A.: *Political Culture and Communist Studies*, Armonk, Sharpe, 1985, y los trabajos de Tucker y Welch previamente citados en estas páginas. Las contribuciones de la sociología de la cultura en el terreno del estudio de la acción colectiva han sido revisadas, entre nosotros, en PÉREZ LEDESMA, M.: «Cuando lleguen los días de la cólera (movimientos sociales, teoría e historia)», *Zona Abierta*, 69 (1994), pp. 51-121, y CRUZ, R.: «La cultura regresa al primer plano», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 13-34.

imperial del siglo XVIII. Esta relectura de la revolución americana a través de las lentes republicanas de los patriotas ha constituido ciertamente un campo primordial para la investigación histórica político-cultural en Estados Unidos⁵⁴. Desarrollos ulteriores de relevancia son, en fin, la refocalización del concepto desde la nación a colectivos políticos específicos, determinada en gran parte por el recurrente argumento crítico en virtud del cual la tesis del republicanismo incuriría en una suerte de «teoría consensual»⁵⁵; y, ya en el curso de la década de 1990, la agregación de una dimensión abiertamente diacrónica de la que carecía en buena medida la investigación en cultura política precedente⁵⁶. En estos términos genéricos se ha conformado una vigorosa tradición historiográfica de estudios político-culturales que, desplegada en el mismo ámbito académico que engendró el concepto, el estadounidense, ha sorteado, sin embargo, mediante la adopción de un enfoque más holístico y ecléctico, los atributos de la perspectiva politológica originaria generadores de una mayor controversia, como el relativo al estatuto causal de la cultura política⁵⁷.

⁵⁴ Véanse, entre otros, BAILYN, B.: *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Harvard University Press, 1967; SHALHOPE, R. E.: «Toward a Republican Synthesis: The Emergence of an Understanding of Republicanism in American Historiography», *William and Mary Quarterly*, XXIV (1972), pp. 49-80; POCOCK, J. G. A.: *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975; KRAMNICK, I.: *Republicanism and Bourgeois Radicalism: Political Ideology in Late Eighteenth-Century England and America*, Ithaca, Cornell University Press, 1990; BANNING, L.: «The Republican Interpretation: Retrospect and Prospect», *Proceedings of the American Antiquarian Society*, CII (1992), pp. 153-180, y MATHEWS, R. K. (ed.): *Virtue, Corruption and Self-Interest: Political Values in the Eighteenth Century*, Bethlehem, 1994.

⁵⁵ Por ejemplo, KELLEY, R.: *The Transatlantic Persuasion: The Liberal Democratic Mind in the Age of Gladstone*, Nueva York, Knopf, 1969; HOLT, M. F.: *The Political Crisis of the 1850s*, Nueva York, Wiley, 1978; HOWE, D. W.: *The Political Culture of the American Whigs*, Chicago, University of Chicago Press, 1979, y GREENBERG, K. S.: *Masters and Statesmen: The Political Culture of American Slavery*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1985.

⁵⁶ Paradigmáticos en este punto resultan ETHINGTON, P. J.: *The Public City: The Political Construction of Urban Life in San Francisco, 1850-1900*, Nueva York, University of California Press, 1994, y BOND, B. G.: *Political Culture in the Nineteenth-Century South, 1830-1900*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1995.

⁵⁷ Exposiciones más detalladas acerca del empleo del concepto de cultura política en la historiografía norteamericana pueden encontrarse en RODGERS, D. T.: «Republicanism: the Career of a Concept», *The Journal of American History*, 4 (junio

En lo tocante a la *historiografía francesa*, la puesta en primer plano del concepto de cultura política se vincula también a la insatisfacción provocada por el tratamiento otorgado a las representaciones desde las tendencias historiográficas hegemónicas. En concreto, de acuerdo con los enfoques marxista y de los *Annales*, las formas culturales constituirían, en mayor o menor medida, únicamente un epifenómeno del universo material o social «objetivo», de manera que su contenido se inferiría en todo caso de otros niveles más profundos y determinantes. Ante este entendimiento, considerado paralizante, de los factores culturales como mera derivación de intereses de índole fundamentalmente social y económica, la *nueva historia cultural* incorpora los supuestos estructuralistas de Saussure y Lévi-Strauss, así como, sobre todo en la reflexión de autores como Keith Baker y Roger Chartier, los sistemas epistemológicos históricos diseñados por Foucault y el vínculo entre las representaciones culturales y las estructuras de poder y estratificación social trazado por Bourdieu. Concebirá la cultura como una forma de estructura por derecho propio, constituida de manera autónoma y conformada por significados entendidos como relacionales. A los ojos de esta novedosa perspectiva, las prácticas sociales y discursos políticos activados por los sujetos suponen arquitecturas simbólicas dotadas de historias y lógicas propias. Buena parte de la proyección empírica del concepto de cultura política abrazado por la «nueva historia cultural» la conforman trabajos dedicados a la Revolución francesa, cuya tradicional interpretación «social» fue objeto de un colosal mazazo. De este modo, la reflexión de François Furet en torno al proceso revolucionario, que enfatizó la autonomía de la política y de la cultura; el monumental análisis de la gestación de la cultura política moderna a partir de la revolución realizado por una amplia nómina de autores congregados alrededor de Colin Lucas, Mona Ozouf y los propios Baker y Furet; los estudios de Lynn Hunt, que procuraron esclarecer el entramado político-cultural revolucionario mediante el examen de temáticas como la iconografía desplegada en las manifestaciones locales o el contenido cambiante del calendario revolucionario; o las interpretaciones de los orígenes culturales de la revolución llevadas a efecto por Baker y Chartier,

de 1992), pp. 1-38; GENDZEL, G.: «Political Culture: Genealogy of a Concept», *Journal of Interdisciplinary History*, XXVIII:2 (otoño de 1997), pp. 232-250, y FORMISANO, R. P.: «The Concept of Political Culture», *Journal of Interdisciplinary History*, XXXI:3 (invierno de 2001), pp. 410-426.

de acuerdo con las cuales resulta sustancialmente cuestionada la lectura tradicional que atribuía al influjo de la filosofía ilustrada la activación del proceso revolucionario (articulada en virtud de una dicotomía entre formas culturales y condiciones sociopolíticas objetivas subyacentes) subrayan las configuraciones discursivas y las prácticas de sociabilidad que otorgaron forma a una nueva cultura revolucionaria, constituyen, en definitiva, jalones fundamentales en el recorrido del concepto de cultura política dibujado por la «nueva historia cultural»⁵⁸. Por lo demás, la más reciente contribución historiográfica francesa a la discusión sobre cultura política es la que, impulsada por el renacimiento de la historia política promovido por René Rémond⁵⁹, ha sido llevada a cabo alrededor de Serge Berstein, Jean-François Sirinelli, Jean-Pierre Rioux y el equipo de la revista *Vingtième siècle*, cuyo cometido es delinear los perfiles de las múltiples culturas políticas que surgieron en Francia a finales del siglo XVIII y que se han consolidado a lo largo de la contemporaneidad adquiriendo el rango de verdaderas tradiciones⁶⁰; peculiar de este proyecto es, en todo caso, el no haber trascendido el dualismo entre factores culturales y estructura social objetiva, lo que impide situarlo, por

⁵⁸ FURET, F.: *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1978; BAKER, K.; FURET, F.; LUCAS, C., y OZOUF, M. (eds.): *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, Oxford, Pergamon Press, 1987-1994; HUNT, L.: *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1984; HUNT, L. (comp.): *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989; HUNT, L.: «Political Culture and the French Revolution», *States and Social Structures, Newsletter de la American Sociological Association*, 10 (11) (1989), pp. 1-6; BAKER, K. M.: «On the Problem of the Ideological Origins of the French Revolution», en LACAPRA, D., y KAPLAN, S. L. (comps.): *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982, pp. 197-219; BAKER, K. M.: *Inventing the French Revolution: Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, y CHARTIER, R.: *Les origines culturelles de la Révolution française*, París, Seuil, 1990.

⁵⁹ RÉMOND, R. (dir.): *Pour une histoire politique*, París, Seuil, 1988.

⁶⁰ Véase BERSTEIN, S.: «L'historien et la culture politique», *Vingtième siècle*, 35 (julio-septiembre de 1992), pp. 67-77; «La culture politique en France depuis De Gaulle», número especial de *Vingtième siècle*, 44 (octubre-diciembre de 1994); BERSTEIN, S.: «La culture politique», en RIOUX, J. P., y SIRINELLI, J. F. (dirs.): *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 371-386; SIRINELLI, J. F.: «De la demeure à l'agora. Pour une histoire culturelle du politique», en BERSTEIN, S., y MILZA, P. (dirs.): *Axes et méthodes de l'histoire politique*, París, Presses Universitaires de France, 1998, pp. 381-398, y BERSTEIN, S. (dir.): *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 2003.

así decirlo, en la «vanguardia» del enfoque interpretativista cuyo análisis ha sido efectuado en este apartado⁶¹.

Ampliar el círculo de amigas. Cultura política, ciencia política e historia

Mediada la década de los noventa, Manuel Pérez Ledesma publicaba un influyente balance de la literatura sociológica dedicada a los movimientos sociales que enfatizaba cómo la historiografía podía beneficiarse de la *traducción* de propuestas, teorías y conceptos producidos por la teoría social a fin de dar cuenta de los múltiples rostros adoptados por la acción colectiva en la historia; y es que, concluía el autor remitiendo a Dennis Smith, sociología e historia se hallaban abocadas a ser «algo más que buenas amigas»⁶². En lo que concierne al estudio de la cultura política, parece pertinente sugerir un ensanchamiento del círculo de amistades de la disciplina histórica de manera que comprenda a la politología; pues no puede ser conveniente que un concepto avance a través de un camino expedito hasta emplazarse en el centro del aparato de categorías analíticas de una disciplina, como ha sucedido con el de cultura política en la historiografía hispana, cuando en disciplinas adyacentes ha sido, según lo han constatado las páginas precedentes, objeto de continua controversia y reevaluación. El esclarecimiento del sinuoso trayecto recorrido por el concepto en ciencia política aquí efectuado se orienta, cuando menos, a promover la autoconciencia y la reflexividad del historiador de la cultura política. Pero, igualmente, el presente apartado expone una serie de traducciones de la reflexión politológica en el marco genérico de la historiografía española reciente; todas ellas, como podrá comprobarse, encaminadas a fomentar una *mayor contextualización en el estudio histórico de la cultura política*.

⁶¹ Así lo atestiguan, por ejemplo, la persistencia de la tradicional separación entre una *realidad objetiva* y las *percepciones* que los sujetos desarrollan de la misma en la definición de *cultura política* de Sirinelli (SIRINELLI, J. F.: «De la demeure à l'agora. Pour une histoire culturelle du politique», *op. cit.*, pp. 389-390), o la atribución de la mutación de las culturas políticas a su forzoso amoldamiento a las *condiciones sociales objetivas* efectuada por Berstein (BERSTEIN, S.: «La culture politique», *op. cit.*, pp. 380-381).

⁶² PÉREZ LEDESMA, M.: «Cuando lleguen los días de la cólera», *op. cit.*, p. 120.

Bien puede convenirse con Jorge Benedicto en que, pese a la diversidad de enfoques teóricos y metodológicos empleados en las distintas contribuciones a la investigación político-cultural llevadas a cabo desde la perspectiva de la interpretación, es común a la generalidad de las mismas la superación del olvido al que tradicionalmente se ha sometido el primer término del concepto de cultura política, toda vez que han situado en el centro de su agenda la reflexión acerca de la índole de la *cultura* en tanto que componente integral de la acción social⁶³. Pues bien, lo que aquí se sugiere es que los estudios históricos sobre cultura política deben acometer igualmente la problematización del concepto de lo *político*. Y es que, si la cultura política remite al entramado de significados atribuidos a la política, el analista no podrá en modo alguno soslayar la toma en consideración de las concurrentes y cambiantes definiciones culturales de lo que constituye o determina las fronteras de lo político. Lo ha subrayado certeramente René Rémond: lo político puede parangonarse a «los Estados, cuyos contornos no han sido diseñados de antemano por la geografía, y cuyos límites no han cesado de ser modificados por la historia: lo político no posee confines naturales»⁶⁴. Resulta pertinente en este punto traer de nuevo a colación, asimismo, la argumentación en torno al concepto de lo político formulada por Aaron Wildavsky, antes esbozada:

«El tipo de institución o comportamiento que es considerado como político, o incluso que una frontera sea o no trazada, es en sí mismo un producto de la cultura política. De este modo, el estudio de la cultura *política* (en tanto que distinta de la cultura en general) debería atender especialmente a los procedimientos en virtud de los cuales la frontera entre lo político y lo no político es socialmente negociada. Asimismo, los politólogos deben abandonar la noción de que la distinción entre la política y otras esferas (ya sea la económica, la social, o cualquier otra) está “ahí fuera” en el mundo, disponible para ser recogida y utilizada»⁶⁵.

La puesta en primer plano de la historicidad y contingencia del concepto de lo político, el examen de las contiendas discursivas en

⁶³ BENEDICTO, J.: «La construcción de los universos políticos de los ciudadanos», en BENEDICTO, J., y MORÁN, M. L. (eds.): *Sociedad y política. Temas de sociología política*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 254-255.

⁶⁴ RÉMOND, R.: «Du politique», en RÉMOND, R. (dir.): *Pour une histoire...*, op. cit., p. 380.

⁶⁵ WILDAVSKY, A.; THOMPSON, M., y ELLIS, R.: *Cultural Theory...*, op. cit., p. 217.

torno a sus confines y el análisis diacrónico de sus mutaciones conforman, pues, un campo de investigación, en gran medida inexplorado, de particular interés para la mirada relativista del historiador político-cultural. Por lo demás, la interpretación de numerosos movimientos sociales y fenómenos culturales, en concreto su entendimiento como «políticos» o «no políticos» —y, por consiguiente, su toma en consideración en los estudios sobre cultura *política*—, diferirá notablemente si el historiador adopta un concepto de lo político inserto en su propio aparato analítico-conceptual o si, como aquí se propone, incorpora las acepciones de lo político vividas por los actores. Sirva como muestra a este respecto el *anticlericalismo*, cuya especificidad política en la contemporaneidad ha sido objeto de una sugestiva discusión interdisciplinar en fechas recientes⁶⁶. Uno puede, por ejemplo, abrazar el funcionalismo parsoniano, a la manera de los propios Almond y Verba, y denegar la naturaleza política al anticlericalismo en la medida en que la religión y la política constituirían subsistemas sociales bien diferenciados⁶⁷. O, asumiendo el concepto weberiano de lo político, sostener que lo que está en juego en el fenómeno anticlerical es el fortalecimiento de la autonomía del Estado frente a la injerencia eclesiástica a fin de que pueda preservar el monopolio de la violencia legítima, en concreto de la violencia *espiritual*, de manera que su índole sería fundamentalmente política. O, con Carl Schmitt, argumentar que el conflicto anticlerical en la España contemporánea es político toda vez que, en virtud de su particular intensidad, habría propiciado

⁶⁶ Tal especificidad ha sido refutada por Manuel Delgado (por ejemplo, en *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*, Barcelona, Humanidades, 1992, y *Luces iconoclastas. Anticlericalismo, ritual y poder en la España contemporánea*, Madrid, Ariel, 2001) y afirmada por Demetrio Castro Alfín [«Cultura, política y cultura política en la violencia anticlerical», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *op. cit.*, pp. 69-97] y Manuel Pérez Ledesma [«Teoría e historia: los estudios sobre el anticlericalismo en la España contemporánea», en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.): *Secularización y laicismo en la España contemporánea*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 2001, pp. 341-368, y «Anticlericalismo y secularización en España», en MORALES MOYA, A. (ed.): *Las claves de la España del siglo XX. La cultura*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, pp. 269-285].

⁶⁷ A las limitaciones del funcionalismo en el tratamiento de lo político se refiere con solvencia KONDYLIS, P.: *Das Politische und der Mensch. Grundzüge der Soziologie. Band I. Soziale Beziehung, Verstehen, Rationalität*, Berlín, Akademie Verlag, 1999, especialmente pp. 76-89.

la división de la colectividad nacional en *amigos* y *enemigos*⁶⁸. O, en fin, y ésta es la alternativa que sugeriría la lectura contextual de lo político trazada en estas páginas, enfatizar que el movimiento anticlerical era entendido como político por los propios secularistas, en la medida en que a su juicio la edificación y el sostenimiento de un coherente ordenamiento liberal no era posible en tanto que la Iglesia, identificada con posiciones absolutistas, continuara arrojando su signo sobre la sociedad española.

La segunda consideración que proponemos se refiere al problema de la *unidad de análisis* en la investigación político-cultural y, más en concreto, al denominado por Daniel Cefaï *anclaje* de las culturas políticas. Como se ha indicado, el concepto de cultura política en su formulación originaria llevada a cabo por Almond y Verba era proyectado al nivel del Estado-nación. En el marco de la historiografía española reciente, sin embargo, los análisis se han centrado ante todo en su anclaje en movimientos políticos determinados, resultando particularmente beneficiados aquellos cuya aprehensión era más compleja desde los enfoques historiográficos, de signo mayormente marxista, hegemónicos a lo largo de las décadas de 1970 y 1980, como el *republicano* y el *carlista*⁶⁹. Ahora bien, y como lo reflejan valiosos

⁶⁸ Acerca de las transformaciones del concepto de lo político en la teoría política contemporánea, véase FRANZÉ, J.: *¿Qué es la política? Tres respuestas: Aristóteles, Weber y Schmitt*, Madrid, Catarata, 2004.

⁶⁹ A la desactivación de tales enfoques contribuyeron decisivamente las obras colectivas de ÁLVAREZ JUNCO, J. (comp.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987, y de CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización...*, *op. cit.* Entre los más significativos trabajos sobre cultura política republicana, remitimos a ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Los amantes de la libertad: la cultura republicana española a principios del siglo XX», en TOWNSON, N. (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 265-292; SUÁREZ CORTINA, M.: «Entre la barricada y el Parlamento: la cultura republicana en la Restauración», en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.): *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 499-523; igualmente de este autor, *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000; DUARTE, A., y GABRIEL, P.: «¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?», *Ayer*, 39 (2000), pp. 11-34; CASTRO ALFÍN, D.: «La cultura política y la subcultura política del republicanismo español», en CASAS SÁNCHEZ, J. L., y DURÁN ALCALÁ, F. (coords.): *Actas del I Congreso «El republicanismo en la historia de Andalucía»*, Córdoba, Patronato «Niceto Alcalá Zamora y Torres»-Diputación de Córdoba, 2001, pp. 13-34, y MIGUEL GONZÁLEZ, R.: «Las culturas políticas del republicanismo histórico español», *Ayer*, 53 (2004) (1), pp. 207-236. En lo tocante al carlismo, de capital relevancia en la incorporación

trabajos incluso en el ámbito académico hispano, el argumento de que factores de carácter político-cultural propios de un específico contexto nacional impregnen en mayor o menor medida todas las corrientes políticas que actúan en el mismo merece ser tomado seriamente en cuenta⁷⁰. Convendrá precisar, en todo caso, que en modo alguno se pretende aquí reformular una especie de «teoría consensual» a la manera de la trazada por *The Civic Culture*. Muy al contrario, lo que sucede es que precisamente para que las diversas opciones políticas concurrentes en un espacio determinado devengan inteligibles y, en consecuencia, pueda activarse el conflicto entre ellas resulta forzosa su remisión a un genérico marco conceptual compartido. Se trata, expresado en otros términos, de una suerte de configuración discursiva común que en última instancia delimita la definición de la naturaleza del conflicto y de los propios contendientes en tanto que sujetos. De este modo, la conflictividad emergería en virtud de la multiplicidad de apropiaciones del entramado discursivo común efectuadas por los distintos movimientos políticos

de los factores culturales a su análisis fue el balance historiográfico de PÉREZ LEDESMA, M.: «Una lealtad de otros siglos (en torno a las interpretaciones del carlismo)», *Historia Social*, 24 (1996), pp. 133-149. Véase, asimismo, entre otros, CANAL, J.: «La gran familia. Estructuras e imágenes familiares en la cultura política carlista», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *op. cit.*, pp. 99-136; UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998; asimismo, de UGARTE: «El carlismo hacia los años treinta del siglo XX. Un fenómeno señal», *Ayer*, 38 (2000), pp. 155-186, y MARTÍNEZ DORADO, G., y PAN-MONTOJO, J.: «El primer carlismo, 1833-1840», *Ayer*, 38 (2000), pp. 35-64.

⁷⁰ Se hace aquí referencia, fundamentalmente, a los estudios que han enfatizado el determinante influjo del poso cultural católico en la configuración del primer liberalismo español. Véase PORTILLO, J. M.: *Revolución de Nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, y ALONSO, G.: «Ciudadanía católica y ciudadanía laica en el orden liberal», en PÉREZ LEDESMA, M. (coord.): *La ciudadanía en la historia de España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006, en prensa. Reflexiones adicionales acerca de la cultura política española, efectuadas igualmente al nivel del Estado-nación, las hallará el lector, por ejemplo, en ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX», en ROBLES EGEA, A. (comp.): *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 71-94; GONZÁLEZ, M. J.: «Algunas reflexiones sobre la cultura política en la España de la Restauración», en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.): *La cultura española en la Restauración*, *op. cit.*, pp. 451-474, y CASTRO ALFÍN, D.: «La cultura política y la subcultura política del republicanismo español», *op. cit.*

que operan en su marco; y es que, como ha argüido el historiador británico James Vernon, «de igual modo que no podemos imaginar la diferencia sin la unidad de un código compartido, tampoco podemos imaginar esa unidad sin una conciencia de sus diferentes usos»⁷¹. Puestas así las cosas, bien puede argumentarse que a lo largo de la contemporaneidad las identidades, lenguajes y conceptos desplegados en las contiendas políticas han sido, en virtud de los contextos nacionales, a un tiempo compartidos y disímiles. Es en este concreto sentido, en fin, en el que resulta legítimo referirse a ingredientes específicos de una «cultura política nacional». Por lo demás, un campo de investigación particularmente relevante que se ofrece al analista en este orden de cosas lo constituiría el examen sincrónico de las múltiples interpretaciones concurrentes de eventos históricos centrales en la mitología de las culturas políticas nacionales, como los que proporciona, por ejemplo, la narrativa de la revolución liberal española. En definitiva, la investigación histórica en cultura política puede, desde nuestro punto de vista, beneficiarse notablemente de la incorporación de la dimensión nacional del concepto, tan frecuente en los trabajos de los politólogos; más específicamente, la argumentación aquí expuesta corrobora la oportunidad de la reflexión de Cefaï de acuerdo con la cual las culturas políticas anclan fundamentalmente en *organizaciones, territorios y memorias*.

En tercer y último lugar, la *naturaleza de la interpretación* efectuada en los estudios sobre cultura política reclama, asimismo, nuestra atención en este punto. Precisamente en torno a esta problemática se ha desarrollado una de las discusiones epistemológicas de mayor calado en el campo de la investigación político-cultural reciente. De particular significación en esta controversia es la posición adoptada por Stephen Welch, de acuerdo con la cual una parte relevante de los trabajos sobre cultura política llevados a efecto desde la perspectiva de la interpretación adolecería de una suerte de «tendencia idealista»

⁷¹ VERNON, J.: *Politics and the People. A Study in English Political Culture, c. 1815-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 10. De hecho, nuestra argumentación en este punto es deudora de la obra de los adalides del *giro lingüístico* en la historiografía británica reciente. Remitimos, entre otros, y además de al citado trabajo de Vernon, a JOYCE, P.: *Democratic Subjects. The Self and the Social in Nineteenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, y VERNON, J. (ed.): *Re-reading the Constitution. New Narratives in the Political History of England's Long Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

en la medida en que otorgaría preponderancia al significado para el analista en menoscabo del significado para los actores. Una expresión en absoluto intrascendente de tal propensión, cuya toma en consideración puede resultar provechosa para la historiografía hispana, es la relativa al «acto de nombrar» las diversas culturas políticas. Lo que aquí se argumenta es que el historiador incurriría, en efecto, en la tendencia denunciada por Welch y otros autores al denominar las distintas culturas mediante construcciones típico-ideales y no, como sugiere una lectura más decididamente contextual, a través de los propios conceptos vividos por los agentes. Valga como botón de muestra en este punto la investigación histórica acerca de la *cultura política republicana* en la España contemporánea. Los análisis en este ámbito han contribuido en gran medida a familiarizar a la historiografía española con la noción de cultura política y, más en concreto, a mostrar cómo culturas diversas pueden cohabitar en el seno de un mismo movimiento político⁷². Lo que ocurre es que a fin de dar cuenta de tal pluralidad de culturas se ha acudido a tipos ideales, los cuales han permitido dotar de estructura al enrevesado magma político del republicanismo hispano⁷³. En estas líneas se sostiene, en cambio, que una vía alternativa para reflejar la diversidad cultural del universo republicano, que permite que las prácticas interpretativas de los actores adquieran la primacía, consistiría en considerar el «acto de denominación» como específico de la propia colectividad republicana o de su elite y no, por consiguiente, como un acto meramente del observador. Resulta entonces forzoso proceder a una decidida inmersión en el entramado de conceptos empleados por los agentes para definirse a sí mismos y a sus correligionarios —*republicano, liberal, demócrata, progresista, revolucionario*, etc.—; los cuales, en virtud de su imprecisión, polisemia y contestabilidad, no posibilitarán acaso delinear un mapa de la nitidez del que resulta cuando el historiador se sirve de su propio aparato analítico-conceptual⁷⁴. Pero, con-

⁷² Remitimos a los trabajos citados en la nota 69.

⁷³ Así, *republicanismo liberal-progresista y liberal-democrático* o, en otros términos, *republicanismo señor y plebeyo*, de acuerdo con la influyente formulación de DUARTE, A., y GABRIEL, P.: «¿Una sola cultura...?», *op. cit.*

⁷⁴ La creciente incorporación de la *Begriffsgeschichte* a la discusión historiográfica reciente conforma un marco bien propicio para acometer esta tarea. Véase, sobre todo, FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., y FRANCISCO FUENTES, J. (dirs.): *Diccionario político*

duciéndose de este modo, el analista se hallará en una posición idónea para mostrar el carácter fragmentado, sutil y disputado de las fronteras de las culturas políticas en el que ha incidido, en fin, la investigación político-cultural llevada a cabo desde la perspectiva interpretativista.

y *social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, y el número monográfico de la revista *Ayer*, 53 (2004) (1).